

de Sulpicio Alejandro, citado por San Gregorio, no en su antiguo territorio, sino más hacia el Oeste ó sea junto al Rin, porque hay que suponer que el nombre de brúcteros no era ninguna libertad poética del citado autor, como las que se tomaba Claudiano que por razones estéticas y para hacer venir bien el metro de sus versos empleó nombres de pueblos sin mirar si existían ó si estaban extinguidos, y colocándolos del modo que mejor le convino. Respecto de los amsvaros ocurre otro tanto: Tácito los creía también exterminados, y sin embargo, no puede dudarse de la exactitud de Sulpicio, porque refiere todo con la minuciosidad prosaica y tranquila del hombre que está seguro de lo que dice, y porque su relación se armoniza con todos los demás datos que tenemos. Así enumera como formando el grupo franco los pueblos de los brúcteros, amsvaros, chamavos y catos. De los amsvaros no es menester suponer que fueran empujados desde su antiguo territorio, á orillas del Ems en su curso medio, hasta ser vecinos de los catos, porque pudieron ser reclamados sus contingentes como miembros del grupo sálico cuando los brúcteros sus hermanos se vieron amenazados por el ejército romano.

Siempre existían lazos de unión más ó menos fuertes entre los miembros de un mismo grupo principal colectivo, lo cual no obstaba, como hemos dicho, para que cada tribu procediese independientemente si no le gustaba unirse á las otras para una empresa común, sin que esto le sirviera de mengua, ni de motivo de odio de parte de las demás.

Un dato importante es que en aquel tiempo se contaban ya los catos como parte de la gran colectividad franca, porque otra cosa no puede significar que el caudillo franco Marcomero tuviese ocupadas las alturas con amsvaros, francos como él, y con catos. Si estos figuraban entonces como simples aliados, es positivo que después entraron definitivamente á formar parte de la gran colectividad, que se dividía de consiguiente en las tres ramas sálica, ripuaria ó ribereña y cata. El ingreso de los catos tuvo consecuencias importantísimas, pues que sin este pueblo los francos, limitados á la Galia y una zona estrecha en la orilla derecha del Rin, habrían quedado absorbidos y romanizados por el elemento romano, mientras así la rama cata sirvió de intermedio y de transición entre el grupo de los francos, la futura Francia, y los turingios y alamanos, facilitando la dilatación de aquellos más allá del Rin en el interior de la Germania y la creación primero del imperio de Carlo-Magno, y después del alemán y del reino de Francia. Cabalmente en este tiempo, del cual tan escasas noticias tenemos, debieron de ocurrir los movimientos sociales y políticos que prepararon los sucesos históricos de los tiempos posteriores.

A principios de junio del año 394 emprendió Teodosio el ataque contra los dos usurpadores, y junto al Wipach en el condado de Görz, á unos 50 kilómetros de Aquileya, decidióse en sangrienta batalla la suerte entre ambos partidos. El primer día de batalla, el 5 de setiembre del mismo año, hicieron el trabajo principal las tropas godas á las órdenes de Gaina y Saulo que combatían por cuenta de Teodosio y tuvieron pérdidas enormes, probablemente con poca satisfacción del mismo emperador que se abstuvo de socorrerlas en sus mayores apuros. El segundo día de batalla por efecto de una traición obtuvo la victoria el emperador Teodosio. Eugenio fué hecho prisionero y muerto, y Arbogasto se refugió en la montaña más elevada de aquella comarca, donde viéndose rodeado por todos lados, se suicidó.

Poco tiempo después, en 15/16 de enero de 395, murió Teodosio y le sucedieron sus dos hijos, Arcadio el menor, de edad de ocho años, y Honorio el mayor, de diez; el primero en el imperio oriental y el segundo en el occidental.

CAPITULO SÉPTIMO

DESDE LA DIVISION DEL IMPERIO HECHA POR TEODOSIO HASTA LA CAIDA DEL IMPERIO DE OCCIDENTE Y EL ESTABLECIMIENTO DEL REINO DE LOS FRANCO (DESDE 395 HASTA 500).

En este capítulo no tenemos que tratar ya del imperio oriental, ni de los germanos orientales, de los cuales hablamos en la primera parte. Respecto de los occidentales, durante este período son escasos los datos que tenemos. Los alamanos se dilataron por la cuenca del Rin, hacia el Sudoeste, quizá empujados por los borgoñones; los francos, sus vecinos, que habitaban desde el curso medio de este río hasta su desembocadura, se extendieron al mismo tiempo al Noroeste empujados á su vez por los sajones y frisones desde el Este. Los sucesos más inmediatos están descritos por el ya citado Claudiano que respecto de nombres de pueblos, mira más á su consonancia métrica que á la exactitud, y es de consiguiente más sospechoso bajo este punto de vista que Sulpicio Alejandro, autor muy poco concienzudo. Dice Claudiano que Estilicon, famoso vándalo, experto guerrero, ministro y general del niño Honorio, gobernó el imperio occidental y recorrió con escaso acompañamiento toda la frontera del Rin para inspeccionar las fortificaciones que la defendían.

Durante muy corto tiempo habían estado relativamente quietos los pueblos germánicos, gracias á la vigorosa defensa de las fronteras por emperadores enérgicos, en su mayoría germanos, y merced también á los abundantes subsidios que de estos recibían en dinero y cereales. Además ocupaban á la sazón comarcas dilatadas en las cuencas del Rin y del Danubio, feracísimas y cultivadas durante siglos con exquisito esmero por celtas y romanos. Tranquilidad completa no existió jamás; ni sirvieron de nada la admisión de los salios y alamanos bajo la soberanía del imperio ni los sacrificios hechos para acallarlos. A todo esto se añadía la creciente preponderancia en cada grupo germánico de un caudillo más fuerte y más emprendedor que los demás, sobre los jefes parciales y electivos.

San Ambrosio menciona, además de la invasión de los yutungos en la Retia en el año 383-384 de donde los expulsó Banto, otra de los alamanos en la Helvecia, ocurrida en 392, poco tiempo antes de la muerte de Valentiniano II. En esta expedición hicieron los alamanos muchos prisioneros y lograron pasar los Alpes por el pequeño San Bernardo (Splügen) y bajar por el lado de Italia en dirección á Milan; de suerte que azorados los habitantes de este territorio, pensaban ya en fortificarse cuando los bárbaros, por un acto de deferencia hacia el emperador, dieron libertad á los prisioneros hechos en Italia, y limitaron sus correrías á la parte montuosa ó alpina. Esta relación es muy oscura, aunque no inverosímil, si consideramos que los alamanos estaban establecidos bastante cerca á orillas del lago de Constanza.

En la *Vida de San Ambrosio* por Paulino de Milan vemos que el cristianismo no solo hacia entonces prosélitos entre los pueblos bárbaros del Danubio, en especial entre los godos, sino también entre otros más apartados, como lo prueba una reina de los marcomanos llamada Fritigila, que convertida por un romano, probablemente católico y no arriano, envió una embajada á San Ambrosio que la había suplicado intercediera con su esposo para que conservase la paz. La embajada no encontró ya al santo, pues había muerto antes en el año 398. Por regla general, convirtiéronse desde un principio las mujeres de los reyes y caudillos bárbaros primero que sus maridos, porque el cristianismo era favorable á la mujer,

declarando el matrimonio indisoluble, y el adulterio del marido tan criminal como el de la esposa. Esta declaración, hecha primero en la jurisdicción eclesiástica, penetró luego también en la legislación civil, con lo cual se mejoró la posición social de la mujer considerablemente, porque hasta entonces era esclava del marido que podía repudiarla y no tenía ninguna obligación hacia ella.

San Ambrosio pinta con colores sombríos la situación del imperio oriental, diciendo en su epístola 3.^a al hablar del tiempo en que ocurrió la batalla de Adrianópolis, y de los veinte años inmediatamente posteriores, que los godos, sármatas, cuados, alanos, hunos, vándalos y marcomanos devastaron la Escitia, la Tracia, Macedonia, Dardania, Dacia, Grecia, Dalmacia y las dos Panonias. En esta lista de pueblos bárbaros choca encontrar también á los cuados y marcomanos, cosa que por cierto no debe atribuirse á ninguna libertad oratoria.

Más para el Occidente no empezó menos triste el siglo quinto. Aun las provincias libres hasta entonces de las devastaciones de los bárbaros, estaban aisladas y empobrecidas, tanto que en la antes tan riquísima y pobladísima Campania se cedieron libres de contribución 528,042 yugadas de tierra yerma á los propietarios vecinos por una ley del año 401 (Cod. Teod. XI, 28, 3). Peor era la situación en la Galia á pesar de no haber sufrido en un espacio de 40 años invasiones trascendentales como antes. Allí quedaron desiertas hasta las ciudades, porque la clase industrial las abandonaba y se retiraban los habitantes á los parajes más desiertos para librarse de las vejaciones y exacciones de los empleados del gobierno, el cual por una ley expresa (Cod. Teod. XII, 19, 3) ordenó su vuelta, cuando no de grado por fuerza, en el año 400.

Esta disolución social y esta desaparición de la clase media, además de la causa inmediata, la tiranía de los funcionarios públicos y las contribuciones excesivas, eran debidas á la organización social heredada desde los tiempos primitivos, basada sobre la esclavitud, y cuyos inconvenientes solo se hicieron palpables, y luego irreconciliables con la prosperidad y la existencia de una sociedad numerosa y siempre creciente, cuando el Estado romano empezó á extender su dominio sobre vastos territorios, aumentando á cada victoria el número de sus esclavos. La miseria aumentó no solo el número de los siervos, porque las familias pobres para poder vivir se ponían bajo el amparo de un rico propietario rural, sino también el número de la soldadesca mercenaria, de los aventureros, de los letos y de la población germánica que no tenía ya barreras que se le opusieran.

Los heroicos esfuerzos de los grandes varones Juliano y Valentiniano nada pudieron á la larga contra tantas causas orgánicas, interiores y exteriores, que se aunaban para debilitar el cuerpo social llamado imperio romano. Cincuenta años apenas habían pasado desde las grandes victorias de estos emperadores, cuando los germanos se derramaron por la Galia y la España para no salir más, y al citar el nombre del único caudillo que durante algún tiempo logró defender la misma Italia contra los germanos de Alarico y Radagaiso, los verdaderos patriotas romanos debían ruborizarse, porque hasta este defensor era germano, era Estilicon el vándalo.

La ruina del imperio, que presentía Tácito trescientos años antes, estaba cerca, se veía claramente. San Ambrosio decía entonces: «El imperio cae en ruinas, pero la cerviz de la Iglesia permanece erguida.» (Epíst. I, 3.) Palabras proféticas: dos generaciones después se había cumplido la primera parte; y en cuanto á la segunda, vemos que aun no se ha desmentido. El grandioso edificio de la Iglesia ha sobre-

vivido al imperio romano; quince siglos han pasado y todavía se levanta imponente sobre sus robustos cimientos.

Cuando Alarico invadió la Italia en el invierno del año 401, sabía que las tropas romanas estaban ocupadas en la Retia; de donde se deduce que hubieron de luchar contra una nueva irrupción de alamanos en aquel territorio. Allí acudió luego Estilicon, pasando quizás también á la Galia, para reunir todas las tropas y llevarlas á Italia á fin de defender á Roma y el Tiber. Ya no se trataba de sostener la gran fortaleza de Colonia ni de defender el Rin.

No se sabe si hizo algo para asegurar esta frontera contra las invasiones de los francos y alamanos. Urgía llevar socorro á Italia, porque después de las primeras victorias de Alarico extendióse por todas las provincias la voz de que había tomado á Roma. La noticia era prematura, pero debía confirmarse á los pocos años, porque muy pronto faltó á la península la fuerte egida de Estilicon.

En estas circunstancias críticas ocurrió la invasión lenta hasta España de las innumerables masas de vándalos y alanos á las cuales desde su salida de Panonia se habían agregado tribus ó pueblos enteros suevos, quizás senones, ó cuados y marcomanos, según ya dijimos al hablar de estos pueblos, lo que no significa que de estos dos últimos no quedasen todavía bastantes para formar luego la población de la Baviera ó sea el pueblo bayuvaro, porque los marcomanos y suevos eran numerosísimos, y estos últimos vieronse cabalmente entonces duramente acosados por los ostrogodos.

Al acercarse al Rin las tribus vándalas chocaron con el pueblo franco, que ni quiso dejarse arrastrar ni dejarse desposeer de su territorio ni sufrir que los vándalos se fijasen en la Galia que se reservaban para sí. Por su parte los invasores iban en busca de un país donde vivir, cualquiera que fuese, con tal que ofreciese espacio bastante y una población que dominar. Tanta multitud de gente no podía seguir la misma ruta y era natural que se extendiese á derecha é izquierda pasando como pudiese por diferentes caminos, atravesando ó rozando probablemente entre otros también el país de los turingios ó hermanduros. En la historia de los vándalos vimos que los primeros que llegaron al Rin, cuyas fortificaciones debemos suponer todavía ocupadas más ó menos eficazmente por tropas romanas, fueron los alanos, donde uno de sus caudillos, Goar, entró al servicio de Roma, y el otro, Respendial, volvió atrás para socorrer á los vándalos que estaban luchando contra los francos, y que á no ser por este auxilio habrían quedado exterminados. Pocos sin embargo se salvaron de los 20,000 que eran.

En la noche del año nuevo de 406 forzaron los alanos, vándalos y suevos el Rin y tomaron á Estrasburgo y Espira sin dificultad, á Worms después de un largo cerco, y á Maguncia por medio de un asalto furioso seguido de una horrosa matanza y destrucción de edificios sin respetar el asilo sagrado de las iglesias, pues que los vándalos eran arrianos y los demás paganos. Las guarniciones eran insignificantes y los habitantes acostumbrados á la molición no tenían energía para resistir. (Salviano: *De gubernatione Dei*.) Pasó la avalancha destructora por la Bélgica, asolándolo todo incluso las plazas de Reims, Amiens, Arras y Turnay; de allí por el Marne, Sena y Loira llegó al pié de los Pirineos, y rechazada de allí derramóse por las comarcas que hasta entonces había dejado libres. Casi todas las ciudades fueron tomadas ya por hambre ya por asedio; Tolosa se salvó por el arrojo y la prudencia de su obispo Exsuperio; pero aun así eran tan grandes allí la miseria y la desgracia, que San Jerónimo no podía retener sus lágrimas al hablar de ellas. La miseria era tan grande aun concediendo una abundante parte á la exageración retórica de los autores eclesiásticos de aquella época,

que los colonos y labriegos romanos fugitivos, desesperados formaron una hueste bastante fuerte y numerosa que impidieron al general romano reparar los Alpes hasta que les abandonó todo el botín que llevaba su ejército. Este botín provenía de otro ejército romano partidario de un nuevo emperador pretendiente, Constantino, que proclamado tal en la Gran Bretaña había desembarcado en el año 406 junto a Boulogne, y en la ausencia del único defensor capaz Estilicon, retenido en Italia por Alarico y Badagaiso, le aclamó el país infortunado como habría aclamado a cualquiera que le diera alguna esperanza de salvación.

Constantino recogió todas las tropas romanas que habían quedado diseminadas en el país y reforzándolas con francos, porque así lo hacen suponer sus dos generales Edobico y Nebigasto, el primero de raza franca y el segundo acaso también pero cuando menos positivamente germano, marchó en persecución de los bárbaros a los cuales encontró y derrotó en 408 en la Galia meridional, después de lo cual penetraron al año siguiente en 18 de setiembre ó 13 de octubre en la península pirináica; excepto una sección de alanos, que quedó en la Galia, conforme ya se dijo en la primera parte de esta historia.

Constantino era dueño de la Galia, tanto que Honorio le reconoció en 409 por co-emperador enviándole la púrpura y pidiéndole en cambio auxilio contra Alarico, que asediaba a Roma y Rávena.

No duró mucho el reinado de Constantino. En 410 pronuncióse contra él su general Geroncio, el cual proclamó emperador a Máximo su hijo ó ahijado. Ambos contendientes aumentaron sus huestes con mercenarios germánicos y otra vez estalló la guerra civil en la Galia.

Constantino nombró a su hijo Constante co-emperador suyo, pero mientras Geroncio sitiaba al padre en Arlés, fué cogido y muerto el hijo en Vienne. En esto Honorio, libre ya de Alarico que había muerto, y en buena inteligencia con Ataulfo su sucesor, cuyas intenciones se inclinaban a la paz, envió a la Galia a Constancio, general de mucha pericia, natural de Neso en la provincia de Iliria, con el encargo de acabar con ambos pretendientes (411). El primero que cayó fué Geroncio delante de Arlés. Esta ciudad capituló después que el franco Edobico que se acercaba con refuerzos que había ido a buscar a su país, fué derrotado y muerto por Wulfila, sin duda godo y general de caballería en el ejército romano de Constancio, es decir, siempre germanos contra germanos. Rendida la ciudad, fué preso Constantino y remitido a Honorio que le mandó ejecutar. Máximo logró huir y acogerse entre los bárbaros que en aquel tiempo se habían establecido ya sedentariamente como dueños en ambas orillas del Rhin, los francos en el curso inferior, los borgoñones al rededor de Worms y los alamanos en la cuenca superior del río, no ya en son de meros devastadores temporales sino ocupando hasta las ciudades y conservándolas para vivir en ellas.

Apenas fueron vencidos los dos usurpadores cuando se levantó otro tercero, llamado Joviano, cerca de Maguncia, apoyado por el rey borgoñon Guntaro y el caudillo alano Goar que probablemente se había establecido allí con su tribu al entrar al servicio de Roma. Es posible que los dos jefes germánicos, proclamando y apoyando un emperador a su gusto quisieran legalizar por este medio su dominio en los territorios que ocupaban a la sazón en la Galia; conforme habían tratado de hacer Alarico y Ataulfo con Atalo, y después con igual motivo Teodorico II con Avito. Zósimo dice expresamente que durante la sublevación de Geroncio, y la ausencia de las tropas de Constancio, ocupadas en España, se derramaron los bárbaros transrhinianos a su placer por

toda la Galia, sin que nadie se les opusiera. En la Gran Bretaña defendieron los habitantes sus ciudades a falta de las guarniciones que habían pasado al Continente, y en la Armórica la población celta expulsó a los empleados romanos, declarándose independiente, ya que los empleados sin el apoyo de fuerza armada no podían dominarla ni defenderla contra los germanos. Era la primera sublevación celta desde siglos.

No se trataba ya de rechazar invasiones saqueadoras, sino de impedir que toda la Galia se escapara definitivamente de las manos del imperio, porque los innumerables bárbaros que la inundaban, los vándalos, alanos, suevos y alamanos en la cuenca del Alto Rhin, los borgoñones al rededor de Worms, y los francos en el Bajo Rhin desde Colonia al mar, no podían volver atrás; su país estaba ocupado por otras tribus; ya no tenían patria y habían de quedarse en la Galia ó pasar a España ó morir. Considerando la Galia poco menos que pérdida para el imperio, es posible que Honorio al enviar allí a Ataulfo tuviera el pensamiento de desembarazarse de él y de sus tropas y que a costa de la provincia ó bien se arreglara con los visigodos y con el usurpador Joviano y sus secuaces, los borgoñones y los alanos de Goar, ó se exterminasen mutuamente. Tal fué también la idea que posteriormente tuvo el emperador de Oriente al enviar a Teodorico el Grande contra Odoacro que dominaba la Italia.

También es posible que Ataulfo hubiese abandonado la Italia é ido a la Galia por su cuenta en la esperanza de obligar allí a los que mandaban a pagarle subsidios para vivir, a emplearle con su gente en la guerra, ó a acallarlos con cesiones de territorio. Lo que se sabe es que una vez en la Galia, tomó después de algunas vacilaciones partido por el emperador Honorio contra Joviano y su hermano a quienes derrotó en unión con Dardano el prefecto del año 413; para ser a su vez arrojado a España al año siguiente por el general Constancio.

Entre tanto los borgoñones se habían extendido en el año 413 por la Galia, favorecidos naturalmente por Joviano. Orosio dice que trataron a los habitantes mas como a hermanos que como a enemigos vencidos, pero esto es evidentemente exagerado, porque el citado autor quiere hacerles favor como recién convertidos al catolicismo, si no en totalidad, por lo menos en parte. Algo pudo haber contribuido su conversión para dar un trato mas humano a los vencidos; pero ciertamente contribuyó mas la inferioridad de número de los invasores.

El gobierno romano, no pudiendo auxiliar eficazmente a la Galia y no queriendo renunciar tampoco definitivamente a ella, le concedió una especie de autonomía a fin de que se ayudase a sí misma, y así dispuso por la ley del 16 de abril del año 418 que se celebrara una asamblea anual de notables en la ciudad de Arlés, con facultades muy extensas en materia de contribuciones; y cuando al año siguiente regresaron de España los visigodos les concedió por un tratado en regla un territorio suficiente en la Aquitania Segunda con Tolosa por capital, dando así origen al reino de este nombre que duró hasta el año 507.

Satisfechos los visigodos, y aniquiladas las facciones usurpadoras, se restauró la autoridad del emperador en la Galia. Entre los años 417 y 420 fueron también sometidos otra vez los celtas de la Armórica, y el general Castino, jefe de la servidumbre de palacio, pudo emprender hasta una campaña contra los francos, bien que los que se habían establecido en la Galia juntamente con los alamanos y borgoñones no podían ya ser expulsados.

Honorio murió en 26 de agosto del año 423. Desde entonces hasta Clodoveo poco se sabe respecto de los pueblos francos, borgoñones y longobardos, y esto se referirá en la

historia especial de cada uno. En cuanto a los otros pueblos germánicos occidentales, se reduce lo poco que se sabe a lo que mencionan de ellos las relaciones de la invasión de los hunos.

Imposible es fijar los límites del dominio huno del lado de acá de Hungría. Indudable es que abarcaba además de los pueblos sármatas y godos, también el grupo suevo, es decir, los cuados, marcomanos, suevos, y acaso las tribus mas orientales de los alamanos. Hacia el Norte, ó Báltico, comprendía los eslavos, y temporalmente los senones y hermanduros. Si se supiese el camino que tomaron los hunos al dirigirse a la Galia, se aclararían muchas dudas, sobre todo respecto de los hermanduros; pero de tan colosal oleada humana solo se sabe que salió del país a orillas del Mar de Azof, que barrió cual leves plumas los muchos pueblos valientes y poderosos en número que encontró en su camino, y que se vieron obligados a pagar tributo y contingentes de todos sus hombres de armas al terrible Khan ó desaparecer para siempre. Esta invasión gigantesca duró 78 años, desde 375 hasta 453.

Otra prueba del número colosal de hunos que aparecieron, son las bandas mercenarias de este pueblo que desde su aparición en Europa hasta el fin de su dominación tomaron servicio en todos los ejércitos que en aquel período luchaban en favor y en contra de Roma, y esto en grandes masas, ya en los ejércitos regulares, ya en las huestes y bandas de aventureros bizantinos, romanos ó germánicos. Los caudillos de estas bandas, aunque al servicio del imperio, solían tener además su guardia personal compuesta de hunos juramentados y adictos a su persona, y no al jefe del Estado, a fin de pelear en caso necesario contra él y asesinarle si así convenía a su jefe. De este modo, Aecio, el último héroe romano, que destruyó para siempre a los hunos en los campos de Chalons, llegó a tener relaciones tan íntimas con aquellas hordas mogolas cuyas depredaciones forman con la persecución de Aecio la base de la historia de este período.

Nació Aecio en Siliustria, entonces Dorostolum, en la Mesia Baja. Su padre, Gaudencio, era general de ejército, y su madre hija de una distinguida familia de Italia. Niño todavía, habíasele dado la dignidad y categoría de pretor, y fué entregado a los hunos entre los rehenes dados por el imperio. Esto le sirvió para conocer a fondo el formidable poder de aquel pueblo, así como sus puntos flacos, del mismo modo que Teodorico aprendió las ventajas y defectos del imperio oriental cuando estuvo en rehenes en la corte de Constantinopla. El peligro que venía de los hunos consistía en su impetuosa, número colosal é inaudita crueldad; mientras su lado vulnerable era la falta absoluta de organización armónica interior.

De vuelta a Rávena obtuvo Aecio un puesto distinguido en palacio; pero cuando el hijo de Placidia y de Constancio, Valentiniano III, se vió amenazado a la edad de siete años por un rebelde pretendiente llamado Juan, tomó Aecio partido por este y marchó a negociar con los hunos el enganche de tropas en favor del usurpador. Así había desaparecido el patriotismo romano hasta en el alma de este famoso caudillo a quien algunos llamaron como al emperador Juliano «el postrer romano.»

Muerto el pretendiente en el año 424 solicitó Aecio el perdón de su deslealtad, y Placidia la regente se lo concedió. En 425 guerreó victoriosamente con los visigodos en favor de Valentiniano, y en los años 427 hasta 430 venció a los yutungos, sin duda en la Nórica, porque al propio tiempo sofocó también una sublevación de los habitantes ó nóricos, que serían colonos celtas y romanos y acaso germanos. Hecho esto, reconquistó para el imperio una parte de la Galia

que tenían ocupada los francos, probablemente los ripuarios, porque entonces se recuperó también la ciudad de Tréveris. Quizás formaba parte esta campaña de otra dirigida contra los francos sálicos a los cuales expulsó el mismo general del país de los atrebatos, comprendido entre el Escalda, Lis, Turnay y Arras. También expulsó entonces a los borgoñones de la Bélgica. Placidia, en recompensa de tan brillantes servicios, y de la reconquista de una gran parte de la Galia, nombró a Aecio general de ejército en el año 429 y cónsul en 432.

Placidia a pesar de su notable talento hubo de ver sin embargo que sus generales y lugartenientes no se limitaban a hostilizarse mutuamente con intrigas para satisfacer sus miras ambiciosas, ni a valerse para este objeto del asesinato, sino que luchaban entre sí con los ejércitos a sus órdenes librándose grandes batallas campales. Ya sabemos cómo indujo Aecio traidoramente a Bonifacio a llamar a los vándalos al Africa para perderle: después, asesinó, sin que nadie osara formarle causa, al patricio Félix, favorito de Placidia, y a quien esta había elevado a un alto puesto, acaso para contrabalancear el poder de Aecio; y no contento con esto libró una gran batalla al mismo Bonifacio cuando este reconciliado ya con la regente, pasó a Italia. Esta vez fué vencido Aecio, el cual se libró de la venganza y el castigo refugiándose de nuevo entre los hunos. Su adversario Bonifacio murió poco después de las heridas recibidas en la citada batalla, y al año siguiente, en 433, volvió a figurar Aecio en la corte de Rávena. En 434 hasta 436 sofocó una sublevación de labriegos llamados bagoaudos en el Noroeste de la Galia, mientras que luchaba contra los borgoñones para arrojarlos del país. En estas luchas empleó varios años desde 435 hasta 439.

Desde entonces hasta doce años después no tenemos ninguna noticia referente a los germanos occidentales.

Atila, que desde el año 433 compartía el cetro sobre los hunos con su hermano Bleda, a la muerte de este ocurrida en 445, quedó único caudillo y rey absoluto de las innumerables hordas mogolas reforzadas todavía por otras germánicas de todas las razas, entre las cuales cita Sidonio Apolinar las siguientes: rugios, *gelones*, gépidos, *saros* (ó seros), borgoñones, hunos, *neuros*, *bastarnos*, turingios que bajo este nombre aparecen aquí por primera vez en la historia, brúcteros y francos, que serían los ribereños. Los nombres subrayados parecen nombres antiguos, caídos en desuso, ó recursos puramente poéticos del autor, que hace figurar acaso por la misma razón al pueblo principal, los hunos, como cualquier otro, intercalados entre borgoñones y neuros. En cambio se olvida de mencionar el pueblo germánico mas poderoso, los ostrogodos, como también a los marcomanos, los cuados y otras ramas suevas, y finalmente a los esciros y hérulos. La «Historia Miscella» nombra, además de los hunos, a los gépidos, godos, marcomanos, cuados, hérulos, turquilingos, rugios, y tribus eslavas y finesas.

Al lado de los romanos combatieron los alanos, los armóricos celtas, los francos sálicos con una parte de los ripuarios, y los sajones probablemente en calidad de mercenarios.

Supónese que Atila dividió sus innumerables huestes en dos grandes masas, siguiendo una de estas gigantescas columnas el curso del Danubio por la antigua calzada militar de los romanos por Augst, junto a Basilea a Estrasburgo y de allí a Metz, debiendo de consiguiente encontrarse forzosamente con los alamanos; pero como los historiadores no los mencionan, debieron de correrse mas al Sur. La otra columna a mejor dicho marea de pueblos pasó mas al Norte, en dirección a Maguncia, de allí a Tréveris y a la Bélgica. Esta pudo arrastrar consigo a los turingios y francos ribereños,